

LOS COLOQUIOS DE ERASMO Y LOS EJERCICIOS DE LENGUA LATINA DE VIVES: DOS ENFOQUES DE LA FORMACIÓN DE LA JUVENTUD EN EL SIGLO XVI

por CONCEPCIÓN CARCELES LABORDE

Universidad de Navarra

La relación entre Vives y Erasmo fue siempre la de discípulo-maestro y no siempre fácil. Pasado el entusiasmo juvenil, Vives evoluciona humana e intelectualmente hacia posiciones distintas y en algunos aspectos opuestas a las de Erasmo. Esta actitud se hace ya patente hacia 1524. El distanciamiento probablemente había comenzado a raíz de la colaboración de ambos autores en la edición crítica de *La Ciudad de Dios*, de san Agustín. Este trabajo le supuso a Vives un enorme esfuerzo poco reconocido por Erasmo quien llegará a culparle del fracaso editorial de la obra. Pero, sin duda, existen causas más profundas. El humanista valenciano, discreto por naturaleza y prudente por ejercicio, se mantiene al margen de las polémicas, cada vez más agrias y enconadas, que la doctrina erasmista está suscitando en el agitado panorama europeo.

Hacia 1530, las disensiones son ya manifiestas. En 1526, Vives había criticado con sincera preocupación algunos de los *Coloquios* de Erasmo, poco adecuados para la juventud a quien iban destinados. A pesar del exquisito cuidado con que se expresa, Erasmo reacciona mal y lo acusa, a su vez, de rigorista. Siempre le había molestado la seriedad del español, pero ahora hay algo más. Aunque Vives no se ha enfrentado con él abiertamente, tampoco comparte todos sus puntos de vista. Como dice Noreña, no fue nunca un discípulo servil [1]. La última carta de Erasmo es de una gran dureza y revela un serio malestar de fondo más allá de las discrepancias temperamentales [2]. Sin acritud, según su estilo, Vives

había mantenido, en sus obras, opiniones opuestas en cuestiones claves del Humanismo cristiano. Y en algunos casos se había atrevido a corregir al maestro. Tal vez, donde mejor se aprecia este deseo de reconducir lo que, a su juicio, a Erasmo se le estaba yendo de las manos, es en sus *Ejercicios de lengua latina*. Su sola composición es ya una elocuente advertencia. Pero además, si se analizan y se comparan con los *Coloquios* erasmistas, pueden percibirse algunos desacuerdos. Éstos se refieren especialmente a la formación de la juventud. En general, ambos siguen las líneas del Humanismo cristiano, tanto en sus objetivos finales como en muchos aspectos concretos, pero existen también discrepancias muy significativas. Para comenzar este análisis, parece conveniente recordar las circunstancias que rodearon la aparición y la difusión de estas obras destinadas en principio a los jóvenes gramáticos, pero que, desbordando estos límites, fueron ávidamente leídas por toda la Europa culta del siglo XVI.

Los Coloquios de Erasmo

En noviembre de 1518 se publica en Basilea un pequeño libro titulado *Familiarum colloquiorum formulae, et alia quaedam*. Esta edición de Froben cogió a Erasmo por sorpresa.

Entre 1495 y 1499, mientras el humanista holandés estudiaba en París, se ayudaba dando, a su vez, clases en régimen de tutoría. Para sus discípulos, a fin de que aprendiesen un latín coloquial y suelto, había escrito o dictado, según dirá más tarde, unos ejercicios de conversación. Aunque no se sabe con seguridad cómo llegaron a manos de Froben, lo cierto es que su sentido editorialista y publicitario no le falló. En 1519, los *Coloquios* se reimprimieron en Amberes y, unos meses más tarde, en París. Erasmo, que se había indignado en un primer momento, comprende las posibilidades que encierran estas breves piezas literarias y se pone al frente de nuevas ediciones corrigiendo, puliendo y añadiendo nuevos diálogos. A partir de 1522, las ediciones se suceden con un éxito impresionante. *Los Coloquios* tratan acerca de muchas cosas y llegan a muchos lectores. Se convierten, como dice Thompson en «*a book for all season*» —un libro para todas las estaciones— o como dirían clásicos, de todas las horas [3].

Sin embargo, la intención de Erasmo continúa siendo la de ofrecer un método ameno para la enseñanza del latín y de las buenas costumbres, según la aspiración de los humanistas cristianos de unir indisolublemente letras y virtud. Así, al menos, lo manifiesta el mismo Erasmo en la dedicatoria de la edición de los *Coloquios* de 1524, a Erasmius Froben, hijo de su editor y ahijado suyo, de 8 años de edad.

Estos dos objetivos encuentran, sin embargo, sus principales obstáculos en la orientación que Erasmo imprime a sus coloquios y, sobre todo, en los mismos contenidos. Muy pronto recaen sobre esta obra las más fulminantes denuncias. Primero son los teólogos de Lovaina; más tarde, los de París. En 1526, la Sorbona, en una petición al Parlamento, califica los *Coloquios* de «erróneos, escandalosos e impíos» y pide que se prohíban a la juventud. Esto no impide que Erasmo siga ampliando su obra con diálogos inteligentes, audaces y cada vez más provocadores. Sus osadías irritan a sus enemigos y alarman a muchos de sus amigos, entre ellos al cardenal Wolsey y al obispo de Lincoln, Longlond. Erasmo se ve obligado a añadir, en la edición de 1526, una defensa de su obra, el *De utilitate colloquiorum*, que sirve de poco. Las censuras continúan en vida de Erasmo y después de su muerte. En 1538, una comisión nombrada por Paulo III recomienda que los *Coloquios* y otros libros del mismo género se prohíban a la juventud y, por último, esta obra será incluida en el *Index* de 1559.

Los Ejercicios de lengua latina de Vives

Entre los seguidores y amigos de Erasmo, preocupados por el giro de sus escritos, se encuentra Luis Vives. El 6 de agosto de 1529 le escribe una carta en la que manifiesta su temor a que el buen nombre de Erasmo naufrague y a que la grandeza de su figura quede finalmente ensombrecida, pues, según le dice: «mucho me temo que tus obras den pie a una confusión perturbadora» [4].

Más adelante le pregunta con qué intención ha escrito su *Ictiofagia* (*Comida o dieta de pescado*). Se trata del coloquio más largo de Erasmo, publicado en la edición de 1526, y uno de los más polémicos, en el que pone en entredicho el voto monástico y la autoridad eclesiástica para imponer determinados preceptos. Vives dice que muchos de sus lectores no se explican con qué intención ha escrito sobre un problema tan espinoso:

«En una obra de un título para niños y que parece escrita para quienes no pueden entender la materia. Yo les contesto algunas cosas, que no sé si les satisfacen; a mí ciertamente no me satisfacen, pues aquel tema me parece completamente ajeno al lugar y a los destinatarios» [5].

En esta preocupación se encuentra el origen de los *Ejercicios de lengua latina*. La primera edición de esta obra, titulada *Dialogistica Linguae Latinae Excercitatio*, parece ser la Basilea de 1538, impresa en la casa de Roberto Winter. Erasmo pudo conocer el manuscrito y lo criticó dura-

mente. Ya en su *Ciceroniano* había silenciado el nombre de Vives en la relación que ofrece de los más doctos latinistas de la época. Omisión que, como comenta Bataillon, «el sabio de Brujas aceptaba, es cierto, con noble serenidad» [6]. No la pierde ahora tampoco. En realidad, se puede hacer la conjetura de que Vives esperaría este juicio, no por su falta de maestría, sino porque sus *Ejercicios* estaban destinados a contrarrestar los efectos de los *Coloquios*.

En cuanto a la intención explícita, es la misma que la de Erasmo: hacer ameno y fluido el aprendizaje de una lengua indispensable en el siglo XVI para la ciencia y la cultura y ayudar a la formación de los muchachos con una breve lección de buenas costumbres. Así lo expone en la dedicatoria de la obra al príncipe Felipe, heredero de la corona española:

«Escribí este primer ejercicio para la práctica de la lengua latina (...) como porque al formar vuestro ánimo para las buenas costumbres mereceré el bien de España, que es mi patria» [7].

Los *Ejercicios* alcanzan pronto una enorme popularidad, como lo demuestra el número de ediciones que se suceden en el siglo XVI, en el XVII y en el XVIII [8]. Y no sólo en Europa. En 1544, el humanista toledano Cervantes de Salazar, catedrático de retórica y rector de la joven Universidad de Méjico, publica allí estos *Ejercicios* que pueden considerarse como el primer trasplante de latinidad al Nuevo Mundo [9].

Los Coloquios y los Ejercicios en España

A pesar de su accidentada historia, los *Coloquios* alcanzan una enorme difusión. Pero no ya sólo por su elegante latín, sino por su categoría literaria y por sus contenidos. En España, pronto comienzan a circular traducciones, las primeras según parece debidas al erasmista Virués, fraile benedictino, que los hacen asequibles a una mayoría de lectores. Pero, sobre todo, esta obra es fuente de inspiración para muchos autores, bien escriban en latín, como Maldonado, bien en lengua vernácula, como Valdés, Luján o Mexía. A veces, como es el caso de Alfonso de Valdés, el diálogo está totalmente impregnado por el espíritu del humanista holandés. En ocasiones, se sigue el modelo de Erasmo pero seleccionando los coloquios más interesantes desde el punto de vista educativo y corrigiendo algunas de sus opiniones. El ejemplo más representativo es el de Pedro de Luján quien escribe una obra titulada *Coloquios Matrimoniales*. Aunque para Marcel Bataillon, Luján es un erasmista, el contenido de estos

diálogos presenta más discrepancias aún con la doctrina de Erasmo que los de Vives [10].

En cuanto a los Ejercicios, a mediados del siglo XVI, aparece en Burgos una edición con notas de Pedro Mota y glosario de Juan Ramírez. Pedro Mota, humanista granadino, discípulo de Nebrija y gran admirador de Vives había editado, unos años antes, los *Ejercicios* en Lyon y es también el autor de una carta que desde 1533 se incluye en muchas otras ediciones de esta obra. Esta epístola introductorio comienza con una alabanza de Juan Luis Vives, «honra de España», en la que subraya perfectamente las características de este libro: su elegancia, su orientación cristiana y su utilidad didáctica:

«Efectivamente —escribe— nada hay en él que no se sepa a Cristo, a las costumbres ciertamente más puras a la buena educación.

»Paso por alto aquel maravilloso artificio con que supo condimentar con un deje de humor los temas de mayor utilidad, para ofrecer a la mente de los niños no sólo cosas agradables sino también adecuadas a su inteligencia» [11].

Pero también explica con gran claridad que los *Ejercicios* tropiezan con una dificultad: la falta de preparación de muchos maestros. Según le hacen saber, la mayor parte de los profesores de gramática que han iniciado su exposición han tenido que desistir ya que muchas palabras y expresiones les son totalmente ininteligibles. Con la intención, pues, de «ser útil a la clase más humilde de los gramáticos», hace esta edición anotada. Y si a unos les vienen grandes estos diálogos, otros creen que no son suficientemente elegantes [12]. El humanista aragonés Juan Lorenzo Palmireno, catedrático de retórica y profesor de gramática y de griego de la Universidad de Valencia en el último tercio del siglo XVI, ciceroniano moderado y seguidor de Vives en muchos aspectos, es de esta última opinión. Para Palmireno:

«Los Colloquios de Vives por ser tan christianos y de tantos vocables me agradan mucho, aunque la experiencia me ha enseñado que pues tiene muchas phrases duras, vocables impropios...» [13].

En su lugar recomienda los diálogos del francés Jean Morisot, escritos según él en lengua más pura.

De la misma opinión son *El Brocense* y García Matamoros. Éste en su obra *Pro Asserenda hispanorum eruditione*, se refiere también a cierta impropiedad en el lenguaje de Vives y a la costumbre de incorporar algunos neologismos:

«No le hubieran puesto lunares los entendidos en cuestiones de elocuencia, si del mismo modo que escribió impecablemente muchas cosas, no hubiera oscurecido la gracia de su expresión con cierta innata y connatural dureza y con la incorporación al latín de ciertos vocablos grecolatinos que inventó para ampliar la lengua del Lacio» [14].

Aunque, como dice más adelante, si se para en minucias nadie hallará a un hombre perfecto y acaba declarando que, si hay que elegir, él prefiere la prudencia desaliñada a una locuaz estulticia [15].

A esto hay que añadir la tácita crítica que supone el veto de la Compañía de Jesús a las obras de Vives —sobre el que tanto se ha especulado— justificable sólo por la sensibilidad extrema que sucedió a las grandes perturbaciones religiosas del siglo XVI [16].

Sin embargo, el éxito de los *Ejercicios* pervive tal como demuestran sus múltiples ediciones y su difusión por otros países europeos, años después de su aparición [17]. Como advierte Coret y Peri, el autor de la primera edición bilingüe, latín-español, publicada en Valencia en 1723 y prologada por Mayáns, otros países se han beneficiado antes que el nuestro, ya que desde finales del XVI existen traducciones de este tipo en francés, polaco y alemán:

«Sólo España carecía de ellas por saber estimar poco sus tesoros, quando con ellos se enriquecen las demás Naciones» [18].

Años después, Gregorio Mayáns, refiriéndose a los *Diálogos*, dice de esta obra lo que tantos han advertido antes, que es provechosa y, sobre todo:

«Acomodada a la inteligencia de la tierna edad y escrita con tanta propiedad, que en su género no hay cosa mejor ni aun la iguale» [19].

Los *Coloquios* y los *Ejercicios* conocen por tanto la popularidad y la crítica. Pero, mientras que la obra de Erasmo se enjuicia principalmente por su contenido o se limita como un acierto literario, los *Ejercicios* interesan y se juzgan por lo que son, un libro sobre la escuela escrito para la escuela.

La relación entre los *Coloquios* y los *Ejercicios* latinos podría, por otra parte, parangonarse a la que existe entre sus autores. Esta obra es deudora de aquélla, como Vives lo es del magisterio de Erasmo, pero difiere en su orientación y en su enfoque, como también difiere en muchos aspectos el pensamiento educativo de ambos humanistas. Estas similitudes y diver-

gencias se aprecian tanto en la forma —*estructura y estilo* de los diálogos— como en los *contenidos* y en los *modelos* que se proponen.

La estructura y el estilo de los coloquios

La estructura

En su origen, tanto los *Coloquios* como los *Ejercicios* se conciben como un medio para la renovación metodológica de la enseñanza del latín. Erasmo y Vives, como la mayoría de los humanistas, habían denunciado hasta la saciedad la corrupción de las artes y ciencias a causa de la decadencia de la Escolástica. Una de las acusaciones más graves que el Humanismo hace a los docentes de viejo cuño —gramáticos ignorantes, sofistas y falsos dialécticos— es la de estar deformando a la juventud con sus métodos fosilizados.

Cuando, a finales del siglo xv, Erasmo compone sus ejercicios utilizando el sistema coloquial, además de recuperar una tradición del mundo clásico, crea un excelente recurso didáctico. En primer lugar, la estructura del coloquio permite incluir una serie de interlocutores y por lo tanto diversificar los puntos de vista. Aunque siempre hay un intérprete del sentir del autor, éste puede, incluso, reforzar sus opiniones si maneja con habilidad el diálogo. Además, admite un lenguaje familiar y culto a la vez, lo que ayuda a enriquecer el vocabulario y a ganar en soltura y en fluidez verbal. Por último, estas breves representaciones casi teatrales están abiertas a una gran diversidad temática y suponen el ansiado alivio a las aburridas severidades escolásticas.

Por otra parte, aunque el diálogo y el coloquio, versión escrita del arte del bien hablar, habían renacido en Europa con el gusto por la cultura grecolatina, Erasmo les confiere un nuevo sello. Con él se modela un estilo deudor de los cánones clásicos, pero ya indiscutiblemente moderno, que influye en gran manera en la literatura renacentista. Puede decirse que el objetivo pedagógico es desbordado por el propio genio creador de Erasmo. En sus manos, el coloquio se convierte en una pieza maestra, en una obra de arte que sirve de inspiración y de ejemplo a otros autores.

Vives será uno de sus imitadores. En cuanto a la composición y a la estructura, sus *Ejercicios* presentan una gran similitud con los de Erasmo. Sin embargo, el humanista valenciano permanece fiel a sus intenciones educativas. En su conjunto, los coloquios erasmistas presentan una gran variedad de contenidos. Puede decirse que el común denominador son las preocupaciones reformistas de su autor y sus consiguientes críticas hacia

lo que él considera actitudes hipócritas, ceremonias judaicas o costumbres indignas. Pero aun así, salta de un problema a otro, intercalando pequeños juegos de ingenio como el *Echo* (1526), diálogo en el que las respuestas comienzan por la última sílaba de la pregunta; curiosidades científicas, como la reflexión sobre la levedad y la gravedad (*Problema*, 1533) o la observación de casos de afinidad en la naturaleza (*Amicitia*, 1531); e incluso, clásicas cuestiones de lógica a las que da un nuevo tratamiento (*Rebus ac vocalibus*, 1527).

Por el contrario, los *Ejercicios* de Vives presentan una clara unidad. En conjunto, sus veinticinco diálogos conforman un precioso retablo de la vida escolar del siglo XVI, en el que de una manera progresiva va introduciendo al niño en el ambiente académico —primero será la escuela y después los estudios superiores— y le va mostrando los hábitos, las ceremonias y los más nimios detalles familiares del mundo estudiantil que Vives tan bien conoce. Lo que comienza siendo un ejercicio escolar acaba siendo fielmente lo que quería ser.

El estilo de los coloquios

También puede apreciarse que tanto Erasmo como Vives confieren a sus coloquios un carácter *costumbrista* con pinceladas *autobiográficas*. Esto forma parte del estilo propugnado por el Humanismo. Lejos de la erudición libresca, de la mera transmisión rutinaria, se buscan nuevos caminos a la comunicación del verdadero saber que se concibe como un saber práctico, como sabiduría de la vida que necesita, por tanto, de la experiencia. Por eso, las lecciones del Humanismo incluyen vivencias, reflexiones y anécdotas, bien sean personales o bien extraídas de los clásicos. Como dice Sofóbulo a Felipe, en el diálogo de Vives *El príncipe niño*, en el camino del aprendizaje hay que comenzar por oír a los que ya han peregrinado con el alma y con el cuerpo, es decir, a los que poseen ciencia y cordura.

En este sentido, los coloquios, que Erasmo y Vives escriben ambos ya en su madurez, constituyen verdaderos testimonios personales y unos inestimables documentos de la vida cotidiana del siglo XVI. Alguna vez se ha comentado que esta obra de Erasmo merecía haber sido ilustrada por Brueghel, como hizo Holbein con su *Elogio de la locura*.

Efectivamente son cuadros coloristas y llenos de realismo que van dibujando hábitos y costumbres sociales y en los que se transparentan, también a veces, retazos de la propia existencia de sus autores.

Por ellos nos enteramos de las dificultades de Erasmo como huésped, en Venecia, de un noble tacaño, cuyo vino aguado empeoró su riñón

(*Opulentia sordida*, 1531), de los problemas de Eros (Erasmus), enfermo por tener que comer pescado en Cuaresma o de la dureza de su vida escolar en el célebre y severo colegio de Monteagudo, donde vivió entre 1495 y 1496, bajo la férula de Jean Standonck (*Ictiofagia*, 1526). En las páginas de los *Coloquios* también, bajo nombres inventados alusivos al personaje o con nombres propios, aparecen amigos, como Colet, Reuchlin o Jerónimo Busleiden [20]. También Vives da a sus interlocutores nombres simbólicos de raíz griega o reales, de personas de su entorno, como Maluenda, Valdaura, Grineo o Budé [21]. Él mismo se asoma a sus diálogos a través de una breve referencia a sí mismo, de una pequeña broma o de un recuerdo entrañable como el que dedica a Valencia en las *Leyes del juego*. Como Centelles [22] él también siente añoranza y «un deseo irresistible de ver la patria que no he visto tanto tiempo ha». Con la imaginación recorre los lugares más queridos: su casa natal, las calles donde jugaba y los rincones familiares que aún no se han borrado de su memoria.

Otra característica en cuanto al estilo de estos coloquios es el *sentido del humor*. De acuerdo con la sentencia clásica —*castigat ridendo mores*— los humanistas no dudan en darle a muchos de sus escritos de finalidad ética un carácter ingenioso. La agudeza se convierte en un rasgo espiritual muy valorado, en un arte, si es elegante y oportuna, que ayuda, como se repite con insistencia, a endulzar el consejo, el precepto o la lección de moralidad.

En Erasmus, este elemento se convierte en ironía que maneja con maestría extraordinaria, aunque sea discutible decidir cuándo la emplea justamente. Se trata, por otra parte, de un arma para combatir los prejuicios, los errores y la necedad, que ha empleado también en otros escritos, especialmente en el *Elogio de la Locura*, con el mismo resultado. Muchos le aplauden, otros reconociendo su genialidad, le critican sus excesos y otros, se escandalizan. Erasmus no entiende que se le malinterprete. Como le escribe a Martín Dorp, en 1515, con el *Elogio* «no quiso morder, sino advertir, ser útil y no perjudicar, reformar las costumbres humanas, no dañar» [23]. La historia de sus *Coloquios* es similar. En una carta que escribe al obispo de Lincoln, en 1526, cuando comienza a levantarse la polvareda contra esta obra, dice que muchas personas sensibles e instruidas han disfrutado con este trabajo y que también hay quien no se ha divertido, «personas sin sentido del humor» [24]. Él insiste en que pretende instruir sin acritud, criticar sin severidad, tratar los problemas más serios sin gravedad. Y esto es difícil incluso para Erasmus. Aunque en sus páginas hay pasajes de fino humorismo, lo más frecuente es la mordacidad. Como dice Halkin, «el libro pasa del género didáctico al género satírico» [25].

En cuanto a los *Ejercicios*, Vives se desprende de su habitual carácter

reflexivo, un tanto seco, sin duda, y parece como si rejuveneciera en un esfuerzo por acercarse a sus lectores. El coloquio es ágil o deja de serlo. Pero Vives le imprime una gran vivacidad y una gran naturalidad. Los jóvenes hablan como jóvenes. Esta sensación se refuerza con la total ausencia de problemas. Vives los elude casi a conciencia y evita cuidadosamente cualquier cuestión que pueda suscitar una polémica. Su estilo es el de un buen maestro de escuela, el de un preceptor y el de un universitario que trata de reproducir lo mejor posible el ambiente, las conversaciones y las menudas preocupaciones de los estudiantes. Todo ello confiere a sus *Ejercicios* un tono, si no exactamente humorístico, al menos jovial y ameno, de una sencillez ingenua y profunda a la vez.

La formación de la juventud en los coloquios y en los Ejercicios

Lo primero que se aprecia en los contenidos de los coloquios respecto a la formación de la juventud es que Erasmo y Vives comparten, como se ha dicho, las grandes pautas educativas que, como figuras altamente representativas del humanismo cristiano, además han contribuido a diseñar.

Sin duda los coloquios no son su obra más importantes en orden a la educación. Ambos, como es bien sabido, son autores de obras pedagógicas de amplia proyección y de gran influencia. Pero estos escritos contienen, sin embargo, más o menos desarrolladas, las cuestiones de mayor relieve.

En síntesis, éstas son la educación de las buenas maneras, que cobra una singular importancia en el plan educativo del Humanismo y sobre el que Erasmo y Vives hacen un especial énfasis en estos diálogos; el amor a la cultura, como medio para el desarrollo intelectual y, consiguientemente, moral; y la piedad y la virtud como meta y objetivo prioritario de la formación juvenil.

La educación de las buenas maneras

Aunque esta faceta formativa es secundaria en orden a los grandes objetivos pedagógicos, tiene efectivamente un amplio lugar en los coloquios, incluso podría decirse que es uno de sus aspectos más sobresalientes. En primer término, porque se adecúa muy bien a la forma de estos diálogos modernos, cuyo estilo llano y familiar se presta mejor a estas incisivas lecciones de urbanidad que a temas de mayor trascendencia. Por otra parte, su intención principal es precisamente la reforma de las costumbres, de la que forma parte, en buena medida, este saber comportarse.

En segundo lugar, porque esta faceta educativa es una consecuencia de

la dignidad humana, sobre la que los humanistas han desplegado una interesante reflexión. Las buenas maneras son, según el pensamiento de estos autores, una de las expresiones de la perfección interior y una muestra de respeto hacia uno mismo y hacia los demás. Se trata de una formación en el arte de la convivencia que, junto al de la conversación, se fundamenta en la misma naturaleza del hombre --sociable y comunicativa-- y da la medida de su verdadera dimensión. Es, por último, una novedad que arraiga con fuerza en una cultura urbana y que pretende llegar a mayores capas sociales.

Erasmus y Vives dejan en sus obras una amplia muestra de estas lecciones de civismo y de urbanidad y, como en tantas otras cosas, puede decirse que también aquí abren una línea de actuación. Hasta ahora, las normas de comportamiento provenían de los círculos cortesanos o de manuales escritos en latín para regular la vida clerical o monástica. De la herencia medieval, sin embargo, lo que perdura con más fuerza son los famosos *Disticha Catonis* [26]. Estos dísticos tan bien conocidos por generaciones de jóvenes estudiantes [27], divididos en cuatro libros, contenían unas orientaciones de carácter ético y reglas generales de buena conducta. Pero, a pesar de su pervivencia que se prolonga hasta el siglo XVII, los *Disticha* no ofrecían al mundo moderno las fórmulas precisas de comportamiento que requería la nueva mentalidad.

En los *Coloquios*, estas normas de convivencia aparecen ya con claridad y con una gran frecuencia. A veces como cuestión principal, y en muchas ocasiones, aprovechando los resquicios de una conversación sobre otros problemas. Sobre todo, Erasmo expone con cuidado exquisito las recomendaciones para preparar una cena literaria, una refacción escolar en la que luzca por igual la erudición, la sabia conversación y las buenas maneras. Como dice en su *De utilitate*, refiriéndose concretamente a su diálogo *Convivium poeticum*:

«En él nuestro cómo debe ser un banquete escolar; frugal, pero alegre y jovial; sazonado con historias instructivas, sin querellas, ni riñas o calumnias» [28].

En ello hay que ver, una vez más, una reacción a las disputas de escuela, violentas y absurdas en sus planteamientos y totalmente desprovistas de elegancia formal, según la crítica del Humanismo.

Erasmus también ofrece consejos mucho más prácticos y concretos especiales para la infancia y la juventud. Uno de los coloquios especialmente dedicado a ello es el que se titula *Monita paedagogica* (Basilea, 1522). El maestro recuerda al muchacho algunos consejos básicos de comportamien-

to: que su mirada no sea insolente, que al hablar no gesticule, que conteste con sencillez y modestia o que se descubra la cabeza ante una persona de respeto, al pasar ante una iglesia o ante un crucifijo. Es un coloquio muy breve que después ampliará en su *De Civilitate morum puerilium* (1530), una obrita que hoy día puede hacernos sonreír porque desciende a pequeños detalles —cómo sonarse o utilizar la servilleta— propios de un buen padre de familia. Sin embargo, no se puede olvidar lo que supone en su momento. El *De Civilitate* fue reeditado numerosas veces en los siglos XVI y XVII y traducido a más de seis idiomas. Por otra parte, refleja el esfuerzo social por pulir la vida social desde sus aspectos más elementales. Estas mismas advertencias se encuentran en muchos de los reglamentos de los Colegios Mayores y en los escritos de otros autores del siglo XVI. En España, concretamente, en *El Galateo español*, de Lucas Gracián Dantisco, versión de la obra de Giovanni della Casa, en el *Estudioso Cortesano*, de Palmireno, y más tarde en *El estudiante perfecto y sus obligaciones*, del jesuita Alfonso de Andrade.

Vives también se va a ocupar de este aspecto educativo y con cierta insistencia. Como dice en su *Introducción a la Sabiduría* no sólo se ha de amar a los hombres, sino reverenciarlos y vivir con ellos con honestidad y miramiento, «pues en ello consiste el deber de la convivencia» [29]. No se trata de huecas fórmulas, ni de un mero sometimiento del cuerpo en un adiestramiento estoico. Este miramiento del que habla Vives es el resultado de la caridad y una de sus consecuencias. En definitiva, la expresión propia de una persona cristianamente formada. Por eso los capítulos acerca de cómo se ha de comer, cómo se ha de conversar y cómo ha de ser el comportamiento vienen, en su *Introducción a la sabiduría*, después de haber hablado del alma, de las pasiones y de las virtudes, de la religión y de la figura de Cristo.

En sus *Ejercicios* vuelve sobre las buenas maneras, pero ya con el estilo propio del diálogo. En estas escenas, los muchachos se animan mutuamente o bien son ayudados por los maestros y preceptores a guardar estas normas elementales de conducta. Entre bromas y veras, se les recuerda que se laven la cara y las manos antes de comer y que lo hagan limpiamente, que no se recuesten en la mesa y que sujeten las mangas con alfileres para no mancharse; también se les insiste en que el porte externo —ademanes, compostura, mirada, etc.— debe ser el adecuado a su edad y circunstancias y, sobre todo, debe ser la manifestación de sus progresos en el camino de la formación.

Como más tarde hará Lorenzo Palmireno, Vives ayuda a su joven discípulo no sólo a comportarse en el ambiente familiar, sino también en otros más refinados. Como bien saben estos buenos preceptores, la cortesía

tiene también una vertiente práctica. Muchos de sus discípulos, gracias a sus estudios, van a cambiar de ambiente social y tendrán que adaptarse a nuevos modos de convivencia. Como dice el realista Palmireno, no todo ha de ser Cicerón y Virgilio:

«Creen los moços que no hay más obligación y hállanse burlados... porque muchos he visto que decoraban bien, argumentaban mejor, y puestos en cosas del mundo parecían tontos» [30].

El sabio en las nubes es otro de los personajes que sufre las burlas de los humanistas. Porque muchos han confundido la sabiduría con el desaliño, la suciedad e incluso la grosería; y han creído que inteligencia era sinónimo de ineptitud para la vida en común. Por eso los nuevos educadores se esfuerzan en comunicar las lecciones aprendidas por propia experiencia a través de consejos, de preceptos e incluso de descripciones de acontecimientos sociales. Vives, no sin cierta ironía, describe, en su diálogo *Triclinum*, o *comedor de ceremonia*, una cena en casa de un burgués, hombre rico que trata de impresionar; pero, bajo la resignación del intelectual que no tiene más remedio que asistir a esta invitación, se advierte la lección de buenos modales y el deseo de prevenir de ciertas costumbres probablemente desconocidas por los estudiantes. Con el mismo fin escribe *Regia (El palacio)*, donde introduce al lector en el ambiente cortesano que rodea a los monarcas. Intercalando reflexiones éticas sobre la vanidad y la frivolidad que a veces impera en la Corte, pone al corriente de hábitos y costumbres que él mismo habría podido observar en su estancia en Inglaterra. Pero estas lecciones siempre están dominadas por una intención ética, que les impide caer en una mera información sobre fórmulas cortesanas.

El amor a la cultura y a la educación

Otra de las propuestas que se le hacen a la juventud desde las páginas de los coloquios es la del amor por la cultura y por el saber. Es, además, uno de los rasgos que definen al Humanismo. Y se manifiesta en el entusiasmo que vibra en los escritos de esta época y en el espléndido panorama intelectual de la Europa moderna. Los humanistas confían plenamente en el poder de la educación para ennoblecer el alma, para afinar las facultades en orden a la práctica del bien en una vida virtuosa. Este es su sentido más profundo. Pero su optimismo pedagógico tropieza con serios obstáculos. Unos son herencia del pasado que perviven en el presente. Aunque existe la conciencia de estar asistiendo a un renacimiento cultural, en ningún momento se olvida que hay elementos oscurantistas que se niegan a desaparecer. Otros obstáculos son fruto de la eterna malicia y necesidad humana.

El Humanismo los combate en tres frentes: ayudando con eficacia a renovar el método para hacer la enseñanza más amable, insistiendo en los beneficios de la educación y criticando los abusos que se han cometido y se siguen cometiendo. Todos estos elementos están de alguna forma en los coloquios de Erasmo y de Vives. No se trata, en ninguno de los dos casos, de un tratado educativo de carácter sistemático. Sin embargo, en estas pequeñas obras de arte se conjugan, de una o de otra manera, las principales aspiraciones e inquietudes pedagógicas del nuevo movimiento.

En cuanto a la renovación de los métodos didácticos, como se ha visto, está implícita en la misma composición de estos coloquios. Pero también aparece en sus contenidos. Se trata, sobre todo, de una metodología del estudio, de unos consejos para facilitar el trabajo.

En el diálogo *Euntes in ludum litterarium* (1522), Erasmo alude a la necesidad de copiar y de memorizar, repitiendo las lecciones. Es un diálogo muy breve establecido entre estudiantes de gramática, probablemente unos niños, ya que están aún enzarzados en el alfabeto latino y griego. Más interesante a este respecto es su *Ars Notoria* (1529) título confuso ya que por arte notoria se entendía en esta época la que permitía aprender sin intervención humana, de manera inexplicable y casi mágica, y Erasmo trata aquí de nuevo de la importancia de la memoria y del arte de tomar notas y de manejarlas inteligentemente.

En otro coloquio, *Diluculum* (1529), insiste en la necesidad de levantarse temprano, ya que la mañana, como se suele repetir, es la mejor hora para el trabajo. Nephalius aconseja que se duerma lo justo ya que el sueño —imagen de la muerte— es una pérdida de tiempo para el que desea alcanzar la sabiduría. Erasmo, que dormía mal y digería peor, explica cómo en las primeras horas el cuerpo recobra su vigor, los vapores que ofuscan el cerebro se han disipado, la mente está alerta y todos los órganos calmados y serenos. Este diálogo, dirigido especialmente a los que deben estudiar, acaba en un canto a la mañana apoyado en citas bíblicas.

Tal vez por ofrecer otro punto de vista, Vives en su diálogo *El aposento y la velada*, da otra versión. Plinio se dispone a estudiar a la luz del candil. Celso, repitiendo los consejos médicos de la época, piensa que es mejor la mañana cuando ya no hay vapores en el cerebro y ha terminado «la digestión que cría humo», pero Plinio prefiere el sosiego de la noche y cree que es conveniente a los que comen y cenan.

Son breves reflexiones, pero que indican el interés de los humanistas por cuidar la vida intelectual en sus más pequeños detalles.

Entre los *Ejercicios* de Vives tal vez el de más interés en este sentido es el denominado *La Escritura*, en el que da una simpática clase de caligrafía, ayudándose de todos los trucos aprendidos por experiencia.

Además de colaborar con estos consejos a la mejora de la enseñanza y del aprendizaje, se procura imbuir en los jóvenes el amor por los estudios explicando sus beneficios y alertando de los problemas que impiden un adecuado ambiente cultural.

La diferencia más notable entre ambos es que en los *Coloquios*, Erasmo incide fuertemente en la crítica. Hasta cuando describe los bienes que reporta la instrucción. Su profundo amor por la cultura clásica va envuelto en la caricatura de los nuevos bárbaros o en la exasperación que le producen los dialécticos, esos fríos escolásticos que como confiesa en el *Convivium religiosum* (1522), lo dejan frío para la virtud y más mordaz para la controversia. Es Eusebio el que, en un arranque, expresa su más hondo sentimiento:

«Te hablo francamente, como a un amigo, cada vez que abro un libro de Cicerón (...) tengo que contenerme para no abrazar el libro y venerar a este alma santa inspirada por Dios (...) Por mi parte, preferiría ver parecer las obras completas de Escoto y de sus compañeros, que los libros de Cicerón o de Plutarco» [31].

Con el mismo ardor presente el peligro que existe en la infiltración del espíritu pagano a causa de las extravagancias de los nuevos clasicistas. En el *Echo*, a la pregunta sobre qué puede pensarse de una persona que se atormenta a lo largo de toda su vida pretendiendo ser un ciceroniano, el Eco responde «un asno».

Este amor la cultura es además expansivo. Erasmo, influido por la actitud de Tomás Moro y por el pensamiento de Vives, considera a la mujer capaz de beneficiarse de la instrucción. En el diálogo *Abbatis et eruditae*, publicado en 1524, es decir, en la misma fecha en que aparece la obra de Vives *Institutio feminae christianae*, propone esta cuestión a través del personaje de Magdalia, mujer inteligente y sensible. La tesis es la misma que la de Vives, pero, como es habitual, Erasmo aprovecha para denunciar otro tipo de problemas. Finalmente el diálogo se convierte en un alegato contra la ignorancia de los monjes, representados por el abad Antronius, convencido de que los estudios y la cultura representan un peligro para el orden y para la tradición.

En los *Ejercicios*, Vives hace una reflexión más serena. Su obra no está exenta de crítica. Y en algún momento tampoco evita las referencias a los pedantes so capa de filósofos. Son pasajes muy breves que recuerdan sus ataques a la nueva sofística en *Contra los pseudodialécticos*. Pero no es éste el tono de su obra, una obra verdaderamente destinada a la juventud. Como se ha dicho, Vives evita las cuestiones polémicas. Lo que sí hace es explicar el poder perfectivo de la educación. Es un entusiasmo razonado

que desarrolla a lo largo de sus ejercicios latinos, sin crispación, ni denuncias. El niño, ya desde los primeros diálogos, sabe que la escuela es el lugar donde se va a perfeccionar su naturaleza, donde «de bestia volverá hombre; de malo, bueno y hombre de bien», como dice el sabio Filopono en el diálogo segundo. Esta es la idea central que se va enriqueciendo con anécdotas, comentarios y reflexiones que ponen de manifiesto la superioridad de la educación frente a otros bienes como la nobleza, la riqueza o la honra.

Aunque Vives sabe que existen problemas y obstáculos que entorpecen el clima cultural, no los busca tanto en el ambiente, en las circunstancias, como en el corazón del hombre. Frente a otras teorías más historicistas, él no cree que la lamentable situación del sistema educativo se deba únicamente a un proceso de decadencia. Como dice en *Las Disciplinas*, la causa más honda de la corrupción de las artes y ciencias es el desorden de las pasiones humanas [32]. Ahí es donde Vives apunta haciendo reflexionar al muchacho, en sus *Ejercicios*, no sobre la actuación de los demás, sino sobre la rectitud de sus propias intenciones.

La piedad juvenil

Por último, en estos coloquios se trasmite también la preocupación de sus autores por la formación de la juventud en las virtudes humanas y sobrenaturales. Para los humanistas cristianos el fin último del hombre es la felicidad eterna, es decir, la unión definitiva con Dios, siguiendo, en esta vida, el ejemplo y la doctrina de Jesucristo. Sobre este fundamento se basa toda su pedagogía. Por tanto, la instrucción religiosa, así como las prácticas y la vivencia de la piedad, además de darle su orientación y su sentido pleno a toda la restante teoría y praxis educativas, supone la principal preocupación en orden a la formación.

El ideal no es nuevo, pero sí la manera de enfocarlo de acuerdo con las nuevas tendencias renovadoras y reformistas. Bajo la influencia de algunas corrientes medievales, la *Philosophia Christi* erasmista, propugna el retorno a la sencillez evangélica y a la lectura de las Sagradas Escrituras como fuente de inspiración para la vida cristiana.

Erasmus, según manifiesta con reiteración en algunos de sus escritos, cree además indispensable que cuanto antes, es decir, desde edad muy temprana, se «imbuya al niño en las aguas seminales de la divina piedad» [33]. El Humanismo, a través de su crítica al método que imperaba en las escuelas, descubre y pone de relieve el valor de los primeros años para la creación de hábitos. Como Quintiliano, se piensa que una buena formación debe comenzar desde la cuna. También el amor a Dios, al que debe acompañar la enseñanza de la doctrina, junto con los balbuceos de las

buenas letras, inculcados en la infancia desemboca, en la juventud, en una vida verdaderamente piadosa. En sus *Coloquios*, Erasmo representa todo este proceso en Gaspar, el protagonista de *Pietas puerilis*, modelo juvenil muy idealizado. Gaspar, como en seguida advirtieron sus detractores, hace afirmaciones muy objetables, pero aún así también encarna lo mejor de la piedad erasmista. Es, como su creador, una persona que, por encima de todo, ama profundamente a Dios, aunque desconfíe de los hombres, y que se esfuerza por seguir sus caminos en un programa de vida cristiano. Este esfuerzo se ve sin embargo empañado por la complejidad del pensamiento religioso de Erasmo.

Vives, que comparte plenamente este ideal de formación, la desarrolla en sus coloquios de distinta manera. En ellos no hay una referencia concreta a la educación religiosa, ni un modelo de existencia piadosa. Esta cuestión la ha desarrollado con solidez y profundidad en otras obras, especialmente en su *Introducción a la Sabiduría*.

Los diálogos parecen escritos en otra clave. En ellos, los hábitos y las costumbres de la vida cristiana aparecen con naturalidad, al hilo de las escenas que se van desarrollando: en las oraciones del niño al levantarse, en su invocación a Jesucristo antes de entrar en la escuela, en la bendición del maestro antes de la comida o en la breve plegaria de unos estudiantes que han logrado sacudirse el sueño y salen de paseo por el campo.

Si acaso, Grinferantes, réplica del joven Gaspar, recuerda entre los preceptos de educación que ha recibido de su maestro, cómo el principal es precisamente:

«Asistir a los oficios divinos con la máxima atención y reverencia. Que pienses que todo lo que allí ves u oyes es misterio grande, admirable, divino, que sobrepuja tus alcances. Que con frecuencia debes, en tus oraciones, encomendarte a Jesucristo y colocar en Él toda tu esperanza y tu confianza toda» [34].

Pero su actitud es totalmente distinta a la perfilada por Erasmo. Y es aquí, en definitiva, donde reside la mayor discrepancia entre ambos autores. Todas las diferencias que han ido surgiendo a través del análisis de estas dos obras, podrían resumirse en las figuras de estos muchachos que representan a su vez dos concepciones divergentes de la naturaleza en esta etapa de la vida.

Gaspar y Grinferantes

Gaspar es el protagonista de *Confabulatio Pia* (1522), título que el mismo Erasmo cambia, al referirse a este coloquio en *De Utilitate Colloquiarum*, por el de *Pietas puerilis*.

Se trata de un joven gramático, de «un simple muchacho», según dice de sí mismo, que conversa con Erasmo. Éste lo somete a un verdadero examen de costumbres, piedad y doctrina, al que Gaspar responde con absoluta seguridad y aplomo, ante el asombro y la complacencia de su interlocutor.

Grinferantes, el joven que propone Vives, aparece en los dos últimos diálogos. En el primero de ellos, se presenta en la escuela de Flexíbulo a instancias de su padre. Es hijo de la familia hidalga y muestra una actitud altiva. Está dispuesto a no ceder ante nadie «en lugar, dignidad y renombre». Encarna los principales mitos sociales de su época y el desorden de valores de un mundo de apariencias. Porfía por su honor, es liberal con el dinero hasta ser «manirroto», según presume, y busca la popularidad y la fama.

En el segundo diálogo, *Preceptos de educación*, conversa con Budé quien comienza la charla felicitando al muchacho por el cambio que advierte en él. Como un inciso, vale recordar que Vives aprovecha una vez más para insistir en que el porte exterior debe ser un indicio de la metamorfosis que logra la educación. Sin embargo, el protagonista de esta escena no es ni el humanista, ni el adolescente, sino el maestro, Flexíbulo. A diferencia de Gaspar, Grinferantes no habla en ningún momento en nombre propio, sino que se limita a recordar los preceptos aprendidos de este varón prudente, experimentado y sabio. Al fin y al cabo, lo primero que le ha enseñado ha sido humildad, virtud que Vives considera indispensable para la formación:

«Lo primero de todo me enseñó que cada uno debe sentir de sí no altanera, sino comedidamente, o, mejor bajamente, porque este es el fundamento macizo y propio de la esmerada educación y de la cortesía auténtica» [35].

Frente a la serena pero compleja visión de la vida del joven erasmista, en Grinferantes todo es sencillez.

Gaspar se siente capacitado para enjuiciar los más arduos problemas de la época —sobre todo los que inquietan a Erasmo— y lo hace con una brevedad y concisión insuperables. Con criterio firme lamenta la situación de los religiosos. El mismo ha sido acometido para entrar en una orden

«con maravillosas trazas y ardides», y no desdeñaría echarse encima la cogulla: «si cuanto da de calor trajera otro tanto de piedad». Pero ha determinado no decidir su estado hasta los veintiocho años. Como le dice Erasmo: «Precavido eres y no quieres dejarte cazar.» Con la misma seguridad aborda cuestiones como el ayuno, la confesión o la moral de los teólogos.

Grinferantes sólo está seguro de unos principios básicos y profundos y, sobre todo, de su adolescencia. Cuando Budé, con intención, le pregunta acerca de las personas constituidas en dignidad que se portan indebidamente, Vives a través de Flexíbulo y de Grinferantes, expone su teoría acerca de la naturaleza juvenil:

«No ignoraba Flexíbulo que los tales existían; pero no consentía a nuestra edad que entre éstos y los otros nosotros pusiéramos diferencia, porque nosotros no tenemos todavía la plenitud y madurez de juicio y prudencia para poder juzgar eso» [36].

Más adelante sigue desarrollando esta idea. Es la reflexión más larga de todos los diálogos. Vives, olvidado del estilo coloquial, recupera su tono grave y discursivo. Ha dejado para el final lo que le preocupaba desde el principio. Su reacción no está motivada por los errores teológicos o doctrinales de Erasmo, sino por los fallos pedagógicos. Y los *Coloquios* parten de un planteamiento educativo equivocado al poner en manos inexpertas un juguete literario, un ensayo crítico difícil de digerir incluso por los más doctos.

Lo que se plantea es una vieja cuestión del Humanismo cristiano acerca de las lecturas más convenientes para la formación de la juventud. En una educación de carácter literario, la selección de los autores y de los contenidos es de una importancia crucial y ha supuesto uno de los debates más interesantes de los educadores de este movimiento. Este enfrentamiento entre dos grandes humanistas, no es sino un episodio más de esta discusión.

En el fondo, lo que Vives manifiesta implícita y explícitamente es lo que ya he dicho en otras obras pedagógicas con la misma contundencia: que la educación se basa en la naturaleza cuyos principios hay que respetar y que la infancia y la juventud son dos momentos evolutivos en los que aún no ha madurado el juicio, ni hay experiencia de la vida. Por tanto no hay prudencia. Ésta corresponde al educador, padre o maestro, quien ha de poseerla en grado suficiente como para no violentar el ánimo juvenil, ni enfrentarlo a problemas inadecuados para su edad.

En definitiva puede decirse que en la trayectoria y en los contenidos de

estos coloquios se puede apreciar una diferencia significativa entre Erasmo y Vives. Erasmo se mueve en un círculo de eruditos e insensiblemente acaba dirigiéndose a ellos. Es un gran pedagogo, pero sobre todo un intelectual preocupado por la filosofía del cristianismo y por la aplicación del método filológico a los estudios de teología. Vives es un filósofo y un teórico de la educación, pero fundamentalmente un profundo conocedor del alma humana, precursor de la moderna psicología pedagógica.

Dirección de la autora: Concepción Cárcelos Laborde, Departamento de Historia de la Educación, Universidad de Navarra, Pamplona.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 10-XI-1992.

NOTAS

- [1] NOREÑA, C. G. (1978) *Juan Luis Vives* (Madrid, Ediciones Paulinas). El capítulo séptimo de esta obra, titulado «Tras los pasos de Erasmo y más allá» (pp. 155 a 180), es un excelente y documentado resumen de las relaciones entre Erasmo y Vives.
- [2] En esta carta de septiembre de 1528, Erasmo le pide disculpas por no haberle citado entre los mejores latinistas en su *Ciceroniano*, pero a continuación añade: «Y sin embargo, fui más feliz en olvidar tu nombre que en citar a Budé»; le recuerda que sus obras no se venden en contra de lo que cree y que su nombre gozará de mayor reputación «si definitivamente te entregas a una obra del todo útil». Vid. *Juan Luis Vives. Epistolario* (1978), p. 503 (Madrid, Editora Nacional).
- [3] THOMPSON, C. R. (1965) *The Colloquies of Erasmus*, p. XXVII (Chicago & London, University of Chicago Press).
- [4] *Juan Luis Vives. Epistolario*, o.c., p. 435.
- [5] *Idem*.
- [6] BATAILLÓN, M. (1966) *Erasmo y España* (1966), p. 314 (México, Fondo de Cultura Económica).
- [7] VIVES, J. L. *Dedicatoria de los Ejercicios de Lengua Latina*, en *Obras Completas* (1947), traducción castellana de Lorenzo Riber, vol. II, p. 881 (Madrid, Aguilar).
- [8] Puede dar idea de la difusión de esta obra el título de una edición española aparecida en 1723: *Dialogos del docto valenciano Luis Vives, corregidos de los muchos yerros que han contraido al passo que se han reiterado sus impresiones*.
- [9] *Commentaria in Ludovici Vives Exercitationes Linguae Latinae. A Francisco Cervantes de Salazar. Mexici, apud Joannem Paulum Brisensen, 1554*. El libro contiene además cuatro diálogos sobre juegos, escritos en España por Cervantes de Salazar y tres diálogos en latín que escribió en México sobre la Universidad.
- [10] *Los Coloquios matrimoniales* (1555), que incluyen también un llamado *Coloquio de niños*, siguen el modelo propuesto por Erasmo en el coloquio titulado *Coniugium* (1523) y en el finalmente denominado *Pietas puerilis* (1522). Eulalia y Dorotea hablan de los mismos problemas que Eulalia y Xantipa; mientras que Julio e Hipólito recuerdan la conversación mantenida por Erasmo y Gaspar. Pero Luján, que escribe bien mediado el siglo XVI, cuida mucho de puntualizar y de rebatir aquellos aspectos que había suscitado las críticas contra Erasmo. Por el contrario Vives, en sus *Ejercicios*, no entra en ningún momento en problemas doctrinales.

- [11] *Juan Luis Vives. Epistolario*, Carta de Pedro Mota a los lectores, o.c., p. 642.
- [12] Sobre la controvertida cuestión del latín de Vives hay dos trabajos de especial interés por el prestigio de sus autores, P. Sáinz Rodríguez y A. Fontán, en *Homenaje a Luis Vives* (1977) (Madrid, Fundación Universitaria Española). Sáinz Rodríguez afirma: «Vives era muy superior a la mayoría de sus contemporáneos en el valor literario de su latín. Leyendo la obra de Vives se ha podido afirmar con exactitud que el latín, en el Renacimiento, fue una lengua viva. Matamoros pone sus reparos porque era un *ciceroniano*, y precisamente lo que caracteriza a Vives es el horror al *pastiche*, a la taracea de trozos ajenos para formar un latín artificial. Por eso es por lo que crea neologismos en sus *Coloquios* y refleja la vida de su época con una vivacidad y un colorido como sólo la lengua viva puede conseguirlo» (p. 26).
- [13] PALMIRENO, J. L. *Dialogo de vera imitatione Ciceronis*, después de la segunda parte de *El Latino de repente* (1573), p. 180 (Valencia, Casa de Pedro Huete).
- [14] García Matamoros, A. *Apología «Pro asserenda hispanorum eruditione»* (1943), p. 201 (Madrid, C.S.I.C.).
- [15] *Idem*.
- [16] En 1555, el P. Nadal escribe a san Ignacio una carta acerca de la organización de los colegios de la Compañía. El punto sexto se refiere a «normas que deja en sus visitas en orden al fomento de la virtud y de las letras» y dice que ha apartado los libros que se deben apartar, «si no fuesen hereticos, no les cremare, sino se ternan aparta hasta que V. P. mande qué se hará dellos: como Erasmo, Vives, etc.» (Carta del P. Nadal, en *Juan Luis Vives. Epistolario*, o.c., p. 645). De hecho, Vives no fue un autor aceptado por la pedagogía de los jesuitas —aunque sea clara su influencia sobre la *ratio studiorum*— sin que realmente se sepan los motivos, ni exista aún una explicación convincente.
- [17] Solamente en el siglo XVI, NOREÑA contabiliza cincuenta y una ediciones distribuidas principalmente entre Francia y Bélgica.
- [18] *Los Dialogos de Juan Luis Vives* (1788), octava edición de la edición bilingüe del Dr. Coret y Peri, sin numerar las páginas introductorias (Valencia, Salvador Faulí).
- [19] MAYANS, G. *Vivis Opera Omnia* (1782), vol. I, pp. 281-282 (Valencia).
- [20] John Colet, teólogo inglés, fue el verdadero maestro de Erasmo. Durante la primera estancia del humanista holandés en Iglaterra, en 1499, Colet le revela una nueva forma de entender la piedad que inspira toda la filosofía cristiana de Erasmo. Entre 1509-1512, Colet fue también deán de la catedral de Londres y refundó la escuela de San Pablo, lugar que se asocia a la formación del joven Gaspar.
- John Reuchlin (1455-1522) fue un gran humanista. Dominó el latín y el griego, pero sobre todo destacó por sus conocimientos de filología hebrea que aplicó a los estudios del Viejo Testamento. Erasmo, a su muerte, en 1522, le dedica el coloquio titulado *De incomparabili heroe Ioanne Reuchlino*, en el que imagina la llegada de éste al cielo escoltado por san Jerónimo.
- Jerónimo Busleiden, fallecido en 1517, a quien rinde memoria en el *Epithalamium de Petri Aegidii*, estableció, mediante una donación el célebre Colegio Trilingüe de Lovaina.
- [21] Pedro Maluenda fue discípulo de Vives en Lovaina. Destacó en Trento, más tarde, como teólogo de Carlos V. Simón Gryneo, teólogo y filólogo alemán, fue amigo de Erasmo y mantuvo una buena relación con Vives. Budé, a quien Vives imagina hablando con su joven Griniferantes, es uno de los hijos del célebre humanista francés que mantuvo una larga disputa con Erasmo en la que Vives medió sin gran éxito. En 1529, Vives le recomienda a su cuñado Nicolás Valdaura, a quien quiere entrañablemente, que marchaba a París a estudiar Medicina.
- [22] El personaje Centelles toma su nombre del amigo de Vives, don Serafín de Centelles, conde de la Oliva.

- [23] Erasmo, en 1515, escribe a Mar ín Dorp, teólogo holandés y gran amigo suyo y de Tomás Moro. Se trata de la respuesta a la *Carta sobre el Elogio de la Locura* (Lovaina, 1514) en la que Dorp se convierte en portavoz de los teólogos de su época. A pesar de estas disidencias, su amistad no se enturbió lo más mínimo. Vid. *Elogio de la locura* (edición de Teresa Roca, 1974), p. 281 (Barcelona, Bruguera).
- [24] Vid. *Appendix I*, en THOMPSON, C. R., o.c., p. 624.
- [25] HALKIN, L. E. (1969) *Erasme et l'humanisme chrétien*, p. 69 (París, Editions Universitaires).
- [26] Para es a cuestión Vid. DELGADO, B. (1990) *Un antiguo texto escolar: los Dícticos morales de Catón*, en *Historia literatura y pensamiento*, pp. 371-384 (Salamanca, Universidad de Salamanca y Narcea).
- [27] El mismo Vives debía haberlos aprendido de memoria. En su diálogo *El Convite*, *Escopas* trae a la memoria uno de aquellos preceptos: «¿No te acuerdas de los versos de Catón? Pocas cosas se deber. al regalo, mucha a la salud.»
- [28] *De utilitate colloquiorum*, *Appendix I*, en THOMPSON, C. R., o.c., p. 630.
- [29] VIVES, J. L. *Introducción a la sabiduría*, en *Obras Completas*, o.c., vol. I, p. 1.148.
- [30] PALMIRENO, J. L. (1573) *El estudioso cortesano*, p. 5 (Iñíguez de Lequerica).
- [31] ERASMO, *Convivium religiosum*, en *Opera Omnia* (1703), vol. I, p. 682 (Lugduni Batavorum, Pie ri Vander).
- [32] VIVES, J. L. *Las Disciplinas*, en *Obras Completas*, o.c., vol. II, p. 353.
- [33] Esta idea expresada al comienzo de su tratado de urbanidad, *De Civilitate*, la había desarrollado ampliamente en una de sus obras pedagógicas más interesantes, *De pueris statim et liberaliter instituendis* (Basilea, 1529).
- [34] VIVES, J. L. «Preceptos de educación», en *Obras Completas*, vol. II, p. 972, o.c.
- [35] *Idem*.
- [36] *Ibidem*, p. 973.

BIBLIOGRAFÍA

- ERASMO (1703), *Familiarum colloquiorum*, en *Opera Omnia*, vol. I, pp. 628 a 901 (Lugduni Batavorum, Pie ri Vander).
- THOMPSON, C. R. (1965) *The Colloquies of Erasmus* (Chicago & London, University of Chicago Press).
- VIVES, J. L. (1947), *Ejercicios de lengua latina*, en *Obras Completas*, rad. Lorenzo Riber, (1947), vol. II, pp. 881-975 (Madrid, Aguilar).

SUMMARY: THE COLLOQUIES OF ERASMUS AND THE EXERCISES IN LATIN BY VIVES: TWO APPROACHES OF YOUTH'S EDUCATION IN THE 16TH CENTURY.

The educational thoughts of Erasmus and Vives, master and disciple respectively, are mainly coincidental in their Christian Humanistic great paths. Nevertheless, these authors do differ substantially concerning the methods of youth's formation. Comparing Erasman *Familiarum colloquiorum formulae* and *Exercitatio Linguae Latinae* by Vives, can be appreciated how the first author because of his philological erudition, offered to young people a bright and provocative material not easily assimilable by their immature spirits; by contrast, Vives, as one of the main precursors of modern educational psychology, choosed a style and themes less sophisticated and controversial, considering the insufficient experience and judgement of young readers, and trusted the prudence of each educator for the use of this written material.

KEY WORDS: History of Education. Pedagogical Humanism. Erasmus. Vives.